

Amapola estiró el brazo izquierdo por fuera del bote, intentando alcanzar la linterna que brillaba encima de un pedazo de hielo.

-Vas a tener que bajar. -Dijo Uña.

Decidió ignorarlo y siguió rozando la linterna con la punta del guante, hasta que el frío empezó a doler. Retiró el brazo lo más rápido que pudo y lo escondió bajo el abrigo. Con la otra mano se acomodó la bufanda.

-¿No tenemos más?

Amapola respondió que no con la cabeza, tiritando. Habían sido bastante estúpidos al no llevar linternas de repuesto. Allí, la noche era más oscura que en cualquier otro lugar. La única luz que les quedaba venía del propio Uña, que brillaba ligeramente. Pero con su cuerpo de hormiga, apenas podía iluminar un frasco pequeño.

-Bueno, no hay nada más que hacer. Te acompaño. -Y saltó a su hombro.

Dejar el bote era de las cosas más temerarias que se podían hacer en mar abierto, pero navegar a ciegas era aún peor. Amapola alzó su pierna izquierda sobre la embarcación con tanta delicadeza como le permitían sus músculos entumecidos y dejó caer su bota sobre la superficie helada. El hielo tembló salvajemente y le salpicó el agua helada, la linterna se deslizó dos centímetros hacia las profundidades del mar y Amapola la intentó atajar con el pie, pero entonces sintió la sacudida del bote y saltó sin pensar, abalanzándose sobre la linterna y casi volcando el pedazo flotante de hielo, que era aún más pequeño que ella.

Se agarró de *algo*, un pilar escuálido oculto en la oscuridad, reteniendo la linterna bajo sí misma, mientras el hielo bailaba y la gélida humedad se apropiaba de su piel, y su mente empezaba a evocar explicaciones y teorías incomprensibles que Zazaryhenas le había dejado sobre la hipotermia y el frío.

En algún momento, el hielo se calmó y pudo pararse. Uña salió del interior de la bufanda, sin decir nada. Amapola recogió la linterna, y se sintió un poco mejor, como si el frío le temiera a la luz.

Vio el par de piernas incrustadas en el hielo. Esqueléticas, congeladas y completamente desnudas, con las uñas rotas de los pocos dedos que quedaban en el pie izquierdo apuntando al cielo.

-¿Hay algún cuerpo debajo? -Preguntó Uña.

No había forma de saberlo.

-¿Habrás caído del cielo? De cabeza, es decir. O tal vez cayó parado y el hielo se volteó completamente. O quizás no cayó, vino de abajo. De abajo del agua. Algo o alguien lo empujó. O se quedó flotando y el agua a su alrededor se congeló.

Amapola lo miró.

-Quizás sigue el cuerpo vivo, debajo del hielo. -Dijo.

Se quedaron en silencio.

-¿Como? -Preguntó Uña.

-El frío no existe. Es la ausencia del tiempo. Za me mostró una vez un pájaro congelado que tenía hace cientos de años, en perfectas condiciones. No es el frío lo que nos mata, Uña. Es el tiempo.

-¿Y?

-Si el cuerpo sigue congelado bajo el hielo, quizás está vivo.

-Sigo sin entender a qué te referís con tiempo.

-Es cuando un pájaro vuela. O cuando a un hombre le crece la barba. O un árbol que lentamente se queda sin hojas. Es cómo cae una hormiga del cielo, y el instante en el que un corazón anciano termina de latir.

Uña se acercó un poco más a la linterna.

-Nunca vi cómo le crece la barba a un hombre.

Tampoco ella vio cómo murió Za. Solamente se encontró con un cuerpo vacío donde antes retumbaba su voz rechoncha, dándole un porqué a los rincones más recónditos del mar. Pero de repente se calló, como si nada hubiera pasado. A veces se preguntaba si le había contado todo.

Empezó a sentirse helada. Recordó sus manos mezclando el veneno, el sudor frío goteando sobre la jarra. Recordó el sonar de la campana fúnebre. Ajustó la bufanda sobre su cuello.

-¿Cuál habrá sido su nombre? -Dijo Uña.

Amapola tardó en responder.

-No lo sé. Quizá nadie lo sabe.

Sopló el viento y recordó que no estaban en el bote. Enarboló la linterna al mar, y la embarcación seguía allí, ligeramente rotada. Se subieron y Amapola izó la pequeña vela. No miraron atrás. Las piernas ya no le pertenecían a nadie.